

Alejandro Armesto:

1 A Fernando González Urbaneja, presidente de la APM

Mi querido amigo y compañero: en la revista *Cuadernos de Periodistas*, que diriges, se publica un largo artículo, reportaje, o sabe Dios qué, del señor Álex Grijelmo, presidente de la Agencia Efe. El tal artículo silencia y por ello falta al respeto a cerca de 500 compañeros –algunos de los cuales me han hecho saber su disgusto- que durante muchos años trabajaron para hacer una agencia que se parangonase sin desdoro con las mejores del mundo y creo que, aunque el señor Grijelmo lo ignore, lo consiguieron.

Durante mi etapa al frente de Efe organicé en el Palacio de Congresos un homenaje a quienes me precedieron en la dirección de la Agencia. Allí estaban todos: Vicente Gállego, el fundador, Carlos Sentís, Manuel Aznar y Carlos Mendo, a quién yo había sucedido en el cargo. Porque la Agencia, como sabes, no es un trabajo indivi-

dual en un tiempo determinado, sino una tarea de muchos, incluso de don Álex, durante muchos años.

Otro de los olvidados: Gómez Aparicio, a quien, como sabes, conocía toda España como don Pedro Go, pero que estuvo 20 años como director de Efe.

Querido presidente de la APM, mucho te agradecería la publicación de la réplica que he enviado al señor Grijelmo.

Recibe un cordial saludo, Alejandro Armesto.

2 A Álex Grijelmo, presidente de la Agencia Efe

Estimado presidente: gracias por enviarme el artículo que publicas en la revista *Cuadernos de Periodistas* de la APM y en el que, seguramente porque entre nosotros no “existían razones de afinidad y amistad”, me citas de refilón e incluso, por ahorrar espacio seguramente, me hurtas el cargo de director de Efe. Gracias de nuevo.

Que ACAN se resume en una línea cuando fue el soporte y la clave de la información para América Latina es incomprensible y lamentable. Pero yo estoy desde hace mucho tiempo *au-dessus de la mêlée* y no movería una tecla del ordenador si no fuera porque muchos compañeros de aquel ilusionante viaje (que eso fueron mis siete años al frente de Efe) me pidieron que te ‘tirara de las orejas’ por tu ligereza al despreciar con una breve línea un tiempo que en muchos aspectos fue fundamental para Efe. Lo fue para su asentamiento en América Latina, equiparándose desde entonces a las dos grandes agencias mundiales, la UPI y la AP.

Nadie puede robarle a Carlos Mendo, extraordinario periodista, el honor de ser el primero en la aventura americana. Él creó las primeras delegaciones en Hispanoamérica y tuvo, sin duda, una visión amplia, universal diría, de la actividad (pienso que de la misión, si no sonara excesivo y petulante) de Efe.

Perdona que te recuerde que hubo un señor apellidado Reuter que dijo: “Tengo una noticia, pero si no tengo manera de enviarla, no tengo nada”. Eso hicimos nosotros. De un montaje telefónico esporádico pasamos a una comunicación cablegráfica total, 24 horas sobre 24. Abarcamos toda América Latina y ACAN fue el eslabón final para ocuparla. Eso hicimos; por cierto, equilibrando el presupuesto y sin pérdidas.

A vuelapluma podía citar una docena de hechos relevantes de aquella etapa. Por ejemplo, el acuerdo Efe-Reuter consolidando Comtelsa. Un acuerdo muy beneficioso, también en lo económico, para Efe y al que creo contribuyó mucho mi entrañable amistad con Gerry Long, el director durante 20 años de la agencia británica.

La creación de los *Cuadernos Informativos*, de los que se publicaron más de cien; la implantación de las secciones de francés y árabe; los primeros corresponsales con servicio radiofónico. Y un hecho, quizá natural hoy, pero que entonces supuso un pequeño sobresalto: la apertura ‘sin consultar’ (porque yo dirigí Efe con absoluta independencia), la apertura, digo, de delegaciones en La Habana –con la que se cubría al fin toda América– y en Moscú.

Y todo esto lo hicimos en un clima de entusiasmo general, de euforia informativa, de pasión en suma por nuestro trabajo. La gente (entonces no pasábamos de 500 personas) vivía por y para Efe, en una dedicación absoluta, y si no fuera exagerado, diría que en una comunión permanente. Pregunta, pregunta.

Estas son algunas de las realidades de aquella etapa de tanto trabajo, pero tan maravillosa, para los que sentíamos profundamente esta profesión de periodista. Entonces hubo un equipo de gentes llenas de ilusión que trabajaban a destajo y que me parece

obligado recordar porque muchos de ellos ya no están entre nosotros.

Son los Marañón, Poveda, García Gallego, Velasco, Llorente, Valle, Barona, García Alegre, Mora, Blanco Tobío, Borobó, Collazo, Tessier, J. Pardo, De la Lama, Villanueva, Calle, Medina, Bandín, Caño, Roldán... muchos de ellos 'heredados' de Carlos Mendo, que pusieron todo su amor por este oficio nuestro para hacer una Agencia realmente grande. Ellos, con su dedicación y su esfuerzo, consiguieron para mí el premio Jaime Balmes al mejor director de medio informativo. Les debo gratitud eterna.

En los archivos de Efe deben de figurar mis palabras de despedida. Allí, en dos folios, se relatan a paso de carga mis alegrías y mis penas en la gestión de Efe: lo que hice y lo que dejé de hacer en mis siete años de director gerente.

En fin, volviendo a tu artículo, debo decirte que preferiría no ser recordado a serlo de un modo tan raquíptico, tan precario y, decididamente, tan injusto.

La verdad es que, procediendo de *El País*, un magnífico periódico con unos profesionales formidables, alguno de los cuales ha trabajado conmigo, esperaba de ti la seriedad, el rigor, que se requiere para quien dirige una empresa como Efe, junto a una cierta textura profesional. No lo he visto... y lo siento. Lástima.

Recibe un cordial saludo, Alejandro Armesto.

Eugenio Suárez:

Mi querido presidente y amigo: en primer lugar, un cordial saludo desde estas tierras donde ahora vivo, y un afectuoso recuerdo a todos los colegas de la Asociación.

Quizás porque por primera vez en mi vida tengo algo de tiempo y sosiego para dedicarlo a temas no acuciantes me animo a redactar estas líneas. Recibo *Cuadernos de Periodistas* y os agradezco el envío. Lo suelo leer, a veces con nostalgia y siempre con curiosidad. En el número 9 tropiezo con un trabajo firmado por doña Almudena Sánchez Camacho, que se titula investigadora del CSI y diplomada de Estudios Avanzados, lo que no me sorprende.

Querido presi, este tipo de cosas –según mi personal criterio, que no tiene otro ámbito que el propio– no deberían aparecer en una publicación que se presume profesional y dirigida a profesionales. Esta señora, o señorita, se ha armado una empanada, justificable en panfletos extremistas de la clandestinidad, pero que no se corresponde con la verdad. Se supone a los periodistas informados de que en España hubo una guerra civil y que este tipo de asuntos no tienen nada que ver con el Open de Wimbledon, ni siquiera con una partida de parchís. Es algo notoriamente más brusco.

Confunde la autora los inicios de aquella contienda y sus primeros

años, la existencia de una jurisdicción militar y los juicios sumarísimos, que cada uno califica como quiere, y los casi 40 años que transcurrieron después, donde todos nosotros y los que nos precedieron intentamos desenvolvernos con la mayor honestidad posible, entre unos márgenes que no poníamos, pero que eran lo suficientemente amplios para ejercer nuestro oficio, satisfacer la vocación, ganarnos la vida y sacar adelante a nuestras familias, sin el providente auxilio de los gabinetes de información, que han venido mucho después.

Mezcla la sorprendente investigadora la Ley de Prensa con la de Responsabilidades Políticas, el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo y con la Biblia en pasta. Recurre a una casuística muy cateta y quiere llevar un agua pasada a un molino obsoleto, cuando nos pormenoriza las peripecias de Javier Bueno, reconocido su recuerdo en la Asociación que ejerce la memoria intentando no levantar parapetos.

He querido recordar el oficio de “cerrador de prensa” (pág. 81) y salvo Arias Salgado, Sánchez Bella y algún otro, no recuerdo esa especialidad. Alguien debería facilitar a esta eximia científica un ejemplar de la Ley de Prensa que padecemos todos y que no creo que figure entre los libros ‘raros’ o de

consulta restringida. Ahí no aparece su increíble hallazgo del “extrañamiento” ni la deportación. Había unas sanciones, un rigor muchas veces estúpido, pero eran las fronteras en que nos movimos sin tener la sensación de ser unos miserables cipayos despojados de toda dignidad. Fue un periodo largo, incómodo donde teníamos que utilizar una porción del cuerpo que parece atrofiada: la imaginación, la destreza, la inteligencia.

Querido Fernando, sin pretensiones de clase alguna, me permito escribirte esta carta. Textos como ese no se corresponden con la verdad –aunque no sea la falacia el propósito de su autora–, sino a una deformación de nuestra historia personal y profesional. Los nuevos periodistas deberían conocer algo mejor cómo fue aquél largo paréntesis, que, a mi juicio, nada tiene que ver con el panfleto publicado.

Haz el uso que te parezca conveniente de esta misiva, incluso el de mantenerla en el anonimato. Lo importante –si algo lo es, verdaderamente– reside en conocer las cosas como fueron. Personalmente, como comprenderás, me trae casi todo al fresco.

Lo vigente es el cordial abrazo que os envía vuestro prehistórico amigo y compañero, Eugenio Suárez.